



parece, á los duques de Medina-Sidonia y Medinaceli, el último de los cuales le acogió con amable y cordial hospitalidad. Ninguno de estos nobles, sin embargo, á pesar de que sus grandes haciendas situadas á lo largo de la costa les habían removido repetidas veces á marítimas empresas, estaba en disposición de acometer una como la que se le ofrecía, que hasta para los recursos de la corona se juzgaba aventurada; y sin perder más tiempo, por lo tanto, en inútiles solicitudes, Colon se preparó, lleno de tristeza su corazón, á dar el último adiós á España, y á hacer sus proposiciones al rey de Francia, de quien había recibido una carta muy satisfactoria durante su estancia en Andalucía.

Al llegar, sin embargo, al convento de la Rábida, que quiso visitar antes de abandonar á España, logró su amigo el guardian que dilatase su marcha hasta que se hiciese otro nuevo esfuerzo para inclinar á su favor á la corte española; y con este objeto se puso aquel digno eclesiástico en camino para la ciudad de Santa Fe, que acababa de construirse, y en la cual tenían los reyes establecido su campo al frente de Granada. Juan Perez había sido en otro tiempo confesor de doña Isabel, la cual le tenía en grande estima por sus excelentes cualidades; y así es que al llegar al campamento, inmediatamente fué admitido á la real presencia, en donde abogó por la causa de Colon con todo el entusiasmo y con todas las razones que pudo. La elocuencia de este religioso encontró apoyo en la de algunos otros personajes eminentes, á quienes Colon, durante su prolongada estancia en la corte, había interesado en favor de sus proyectos, y que veían con sincero pesar que iban á abandonarse por completo; y como entre éstos se encuentran especialmente mencionados Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, Luis de Santangel, que lo era de Aragon, y la marquesa de Moya, la amiga íntima de doña Isabel, personas todas que ejercían gran influencia en las determinaciones de ésta, sus representaciones, unidas á la oportunidad con que se hicieran, pues era aquel precisamente el momento en que la próxima terminación de la guerra morisca iba á dejarles

espacio para ocuparse en otros objetos, produjeron un cambio tan favorable en las disposiciones de los soberanos, que consintieron por fin en volver á entrar en negociaciones con Colon. A consecuencia de esto, se le envió un aviso, invitándole á que se presentara en Santa Fe, librándole al mismo tiempo una suma considerable de dinero para su conveniente equipo y los gastos del camino.

Colon, que no perdió un momento en aprovecharse de tan feliz nueva, llegó al campamento en ocasion en que pudo presenciar la rendición de Granada, cuando los corazones de todos, que rebosaban de alegría por el fin tan glorioso que aquella guerra tuviera, estaban naturalmente dispuestos á lanzarse con toda confianza en una nueva senda de aventuradas empresas. En su entrevista con los reyes, Colon les presentó una vez más las razones en que su hipótesis se fundaba; y entonces procuró también excitar la codicia de sus oyentes, pintándoles los reinos de Mango y Cathay, á los que esperaba llegar por su ruta occidental, con todas las deslumbradoras exageraciones que sobre ellas habían esparcido los ardientes fantasías de Marco Polo y otros viajeros de la edad media: y concluyó recurriendo á más elevados principios, y poniendo de manifiesto la perspectiva de extender el imperio de la Cruz sobre multitud de naciones gentílicas, y presentando la idea al mismo tiempo de consagrar las utilidades de su empresa á la reconquista del Santo Sepulcro. Este último acalorado pensamiento, que muy bien podría haber pasado por fanatismo en una época posterior, y que hubiera indudablemente dado al proyecto entero cierto colorido de quimérico, no era como tal considerado, cuando puede decirse que todavía estaba vivo el espíritu de las cruzadas, y cuando la razon severa no había aún desterrado el novelesco idealismo de que entonces se hallaba la religion rodeada. La idea más templada de difundir la luz del Evangelio era muy á propósito para interesar á doña Isabel, en cuyo corazón se hallaba profundamente arraigado el principio religioso, y que en todas sus empresas parece que se dejaba arrastrar mucho más por cualquiera motivo



que tuviera conexión, por remota que fuera, con los intereses de la religion, que por los vulgares y más bastardos impulsos de la ambición ó de la codicia.

En medio de tan favorables disposiciones hacia Colon, surgió inesperadamente un obstáculo por la naturaleza de las pretensiones de éste, que solicitaba para sí y sus herederos el título y autoridad de almirante y virey de todos los países que descubriese y la décima de todas las riquezas que pudieran producir. Juzgóse esto absolutamente inadmisibles; y don Fernando, que desde el principio había mirado con desconfianza suma aquel proyecto, se vió apoyado por el nuevo arzobispo de Granada, Talavera, el cual dijo, que *semejante demanda era arrogante con exceso, y que seria indecoroso para SS. AA. acceder á ella tratándose de un simple aventurero de extraños países*. Colon, sin embargo, resistió cuantas indicaciones se le hicieran á fin de que modificara sus proposiciones; y con tal motivo, rompiéronse bruscamente las conferencias, y aquel grande hombre volvió á retirarse de la corte española, y resolvió dar al olvido todas sus brillantes esperanzas de gloriosos descubrimientos en el instante mismo en que se abría ante sus ojos la carrera que por tanto tiempo ansiara, más bien que renunciar á una sola de las honrosas distinciones que á sus grandes servicios se debieran. Este último acto es, quizás, el ejemplo más notable que ofrece su vida, de aquel espíritu altanero é indomable que le sostuvo durante tantos años de penosas pruebas, y que le hizo, por último, dar cima á su gran empresa, á despecho de cuantos obstáculos el hombre ó la naturaleza le opusieran.

No se consintió, por fortuna, que esta disensión durara largo tiempo; porque los amigos de Colon hablaron á la reina sobre este asunto con el más vivo interés, y especialmente Santangel, quien la dijo con toda franqueza que las pretensiones de Colon, si bien eran excesivas, dependían, al ménos, del resultado de su expedición; y que si esta fracasaba ó era estéril, nada pedía. Habló, además, largamente acerca de sus buenas dotes para tamaña empresa, que eran tan señaladas que podía, con

toda probabilidad asegurarse que le granjearían el patrocinio de algun otro monarca, que se aprovecharía del fruto de sus descubrimientos; y concluyó por hacer presente á la reina que su política en esta ocasion no estaba de acuerdo con aquel espíritu magnánimo que siempre, hasta entonces, la había impulsado á declararse protectora de toda empresa heroica y atrevida. Lejos de ofenderse, dejóse doña Isabel arrastrar por aquel honrado y elocuente raptó de entusiasmo; y examinando bajo su verdadero aspecto las proposiciones de Colon, rehusó dar por más tiempo oídos á las sugerencias de tímidos y frios consejeros, y se entregó por completo á los naturales impulsos de su noble y generoso corazón. «Yo tomaré la empresa, dijo, á cargo de mi corona de Castilla; y si los fondos del erario no fueran suficientes para sufragar sus gastos, pronta estoy á empeñar mis propias joyas.» El erario, en efecto, estaba exhausto á consecuencia de la última guerra; pero el recaudador Santangel adelantó las sumas necesarias, de las rentas de Aragon depositadas en su poder, si bien no se consideró que este reino expusiera nada en la expedición, cuyas cargas y utilidades todas quedaban exclusivamente reservadas á Castilla.

Colon, á quien alcanzó á muy poca distancia de Granada el mensajero real, fué recibido con la más atenta cortesanía á su vuelta á Santa Fe, en donde concluyó su ajuste definitivo con los soberanos españoles el día 17 de Abril de 1492. Por los artículos del tratado, D. Fernando y doña Isabel, como señores del Océano, nombraban á Cristóbal Colon almirante, virey y gobernador general de todas las islas y continentes que en su parte occidental descubriese, con el privilegio de proponer á la corona tres sujetos, de los cuales aquella elegiría uno para el gobierno de cada uno de estos territorios: se le investía, además, con el derecho exclusivo de jurisdicción en todos los asuntos mercantiles que en la extensión de su almirantazgo ocurriesen; y se le concedía por último, la décima parte de todos los productos y ganancias que de sus descubrimientos se lograran, y un octavo más siempre que él contribuyera en esta misma proporción á los gastos. Por una cédula





posterior, todas las dignidades y derechos enumerados se le conferían para siempre á él, igualmente que á sus herederos, con el privilegio de anteponer á sus nombres el título de *don*, que no había aún degenerado en palabra de mera cortesía.

Apenas los arreglos concluidos, preparóse doña Isabel, con su actividad característica, á llevar adelante la expedición, con las más eficaces medidas, y al efecto despachó órdenes á Sevilla y otros puertos de Andalucía, disponiendo que suministráran los bastimentos y demás pertrechos necesarios para el viaje, libres de derechos y al precio más bajo posible. La armada, que consistía en tres naves, debía hacerse á la vela en el pequeño puerto de Pálos, en Andalucía, que por ciertos excesos cometidos, estaba castigado á sostener por espacio de un año dos carabelas para el servicio público, y el tercer buque le proporcionó el almirante, ayudado, á lo que parece, para ocurrir á sus gastos, por su amigo el guardian de la Rábida, y los Pinzones, familia de Pálos, muy distinguida por sus atrevidas empresas entre los marinos de aquel activo distrito. Con su ayuda, pudo Colon vencer la repugnancia y aun abierta oposición que los marineros andaluces manifestaban á su peligroso viaje, de modo que en ménos de tres meses estaba pronta su escuadrilla á hacerse al mar. Una prueba evidente de la extremada impopularidad de la expedición la encontramos en una ordenanza real del 39 de Abril, por la cual se concedía protección y amparo á cuantos quisieran embarcarse contra toda persecución de la justicia, por cualquier motivo que fuese, hasta dos meses después de su vuelta. La armada se componía de dos carabelas ó buques ligeros sin cubierta, y otro de mayor porte, y el número total de los que se embarcaron subía á ciento veinte personas, no habiendo pasado de diez y siete mil florines lo que en esta expedición gastó la corona. Diéronse instrucciones para que se apartara de la costa de Africa y demás posesiones marítimas de Portugal; y finalmente, estando ya todo pronto, Colon y la tripulación confesaron y comulgaron, según la devota práctica de los antiguos viajeros españoles, cuando acometían al-

guna empresa de importancia, y en la mañana del 3 de Agosto de 1492, aquel intrépido navegante, dando su adiós al mundo antiguo, se lanzó resueltamente á aquel inmenso piélago, jamás hasta allí surcado, y sobre cuyas aguas hasta entonces nunca se diera al viento vela alguna.

Imposible es de todo punto estudiar la historia de Colon sin atribuirle casi exclusivamente la gloria de su gran descubrimiento; porque desde el primer instante de su concepción hasta el de su ejecución final se vió detenido por toda clase de obstáculos y molestias, sin que hubiese apenas un corazón que le comprendiera, ni una mano que para ayudarle se tendiese. Las personas mismas más ilustradas, á quienes durante su larga residencia en España consiguieron interesar en favor de su expedición, consideraban ésta probablemente, tan sólo como un medio de resolver un problema dudoso, ó esperaban dudando de su buen éxito, con la misma curiosidad vaga y excéptica con que al presente miramos todo intento de penetrar por el paso del Noroeste. Cuán débil era el interés que excitaba, aun en aquellos que por su ciencia y posición parece que más debían haber atendido á ella, puede inferirse de que ni una sola alusión á este proyecto se hace en la correspondencia y demás escritos de la época, anteriores al actual descubrimiento; y el mismo Pedro Mártir, uno de los más ilustrados varones de aquel tiempo, cuya residencia en la corte de Castilla debía ponerle en el caso de conocer por completo los designios de Colon, y cuyo espíritu investigador le llevó después á explorar con tan profundo interés los resultados de sus descubrimientos, ninguna alusión hace á aquél, al ménos en cuanto yo sepa, en ninguna parte de su voluminosa correspondencia con los sabios de su época, con anterioridad á su primera expedición. El común del pueblo, por otra parte, miraba, no ya con indiferencia, sino con terror, á aquel arriesgado viaje, que arrancando al marinero de los mansos y apacibles mares que estaba acostumbrado á surcar, iba á sumergirle en aquella masa de aguas infinita, que la tradición y las creencias supersticiosas habían poblado de cuantas especies de hor-



ros pueden á la imaginación presentarse.

Verdad es que Colon fué recibido con la más honrosa acogida en la corte de Castilla, y tal como debía naturalmente esperarse del benévolo espíritu de doña Isabel, y del justo concepto que de su puro y elevado carácter formara; pero la reina no tenía, como era consiguiente, la bastante ciencia para juzgar acerca del valor que á los fundamentos de su hipótesis debía darse; y como muchos de aquellos en cuyo buen juicio descansaba, la reputaban quimérica, es probable que no llegara aquella á convencerse plenamente de su verdad, ó lo suficiente, al ménos, para proteger su ejecución con aquella generosa munificencia que nunca rehusara á proyectos de positiva importancia. Esto puede, á la verdad, inferirse de la mezquina suma que ahora se empleó en armar la escuadra, muy inferior á la que se gastó en equipar dos diferentes flotas, durante el curso de la última guerra, para una expedición extranjera, igualmente que á los cuantiosos gastos que al año siguiente se hicieron pa-

ra proseguir los descubrimientos de Colon.

Pero al mismo tiempo que examinando las circunstancias de este acontecimiento, nos vemos precisados á admirar más y más la constancia é indomable espíritu que sacó á Colon triunfante de cuantas dificultades á su empresa se opusieran, no podemos tampoco ménos de recordar, haciendo justicia á doña Isabel, que, aunque tarde, suministró los necesarios recursos para su ejecución; que tomó la expedición á cargo de su corona, cuando á ello se habían negado terminantemente otras potencias, y cuando probablemente ninguna otra de aquella época se hubiera atrevido á comprometerse en ella; y por último, que una vez empeñada á Colon su palabra, fué constantemente para él sincera amiga, le puso siempre á cubierto de las calumnias de sus enemigos, depositó en él de la manera más noble su confianza, y le sirvió del modo que más podía desear; á saber, suministrándole amplios medios para la prosecución de sus gloriosos descubrimientos.